



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

¿NO HEMOS VISTO CAER DOS TIRANOS?

Por ANTONIO I. VILLARREAL.

La proximidad de las elecciones generales—acto que siempre ha originado profundas crisis en la agitada vida de nuestra nacionalidad—mantiene en tensión una vez más el espíritu de las masas e incendia de incertidumbres y de inquietud la atmósfera política del país.

Dentro de las fronteras la zozobra quebranta toda esperanza; fuera, hay pesimista ansiedad.

En México no se ha podido cultivar la costumbre sencilla y hermosa de que los Presidentes entreguen el Poder voluntariamente al terminar su período. El alto puesto, en lo general, se adquiere por derecho de conquista y se pierde como consecuencia inevitable de la derrota en los campos de batalla. Los casos de transmisión ordenada y en términos de ley de la Primera Magistratura, son tan raros en nuestra historia, que se les considera como excepcionales y meritorios en alto grado. Es que no hemos tenido Presidentes verdaderamente constitucionales... ¡Osado y nobilísimo empeño el tuyo, Madero!

; Ah!—se objetará—el general Díaz, con el pomposo aparato de los formulismos legales, puso los destinos de la Nación en manos del general Manuel González: su sucesor con todas las apariencias de legitimidad. Caso singular e inusitado. Pero a la postre resultó que González no era en realidad un sucesor autónomo; sino un testaferro—sorprendentemente adicto a su jefe y protector—un guardián fiel y munificentemente recompensado, que cuidaría durante cuatro años la silla presidencial para devolvérsela al más taimado de nuestros dictadores.

Y con cuánta sordidez aprovecharon el general González y sus amigos—sus descendientes son aún próceres—esos cuatro años de rapacidad desenfrenada.

El encomendero no conspiró ciertamente para retener la Presidencia—sabía que el amo fuerte y desconfiado vigilaba—; se concilió desde un principio con la idea de retirarse del Gobierno al concluir el cuatrienio para que había sido designado, y todas sus energías y afanes los dedicó a saquear las arcas de la nación.

Los testaferros suelen ser más inclinados al lucro y a la codicia que los tiranos de quienes se posesiona por entero la pasión de dominar. Los grandes tiranos nunca fueron grandes ladrones: esa sordida voluptuosidad no es característica del que manda, sino del que se arrastra; no del dominador, sino del valido, del favorito.

Robar es pasión baja que alienta en espíritus pequeños; dominar es pasión fuerte de grandes perwersos.

Nuestros Presidentes absolutistas no se resignan a acatar el imperativo democrático que les exige volver a la simplicidad de la vida privada: el pueblo tiene que tolerarlos indefinidamente, sometiéndose a ellos, o que rebelarse para despedirlos.

El señor Carranza no abandonará el Poder espontáneamente, a pesar de todas sus promesas en contrario. ¿Desde cuándo está mintiendo desprendimientos y ofreciendo renunciaciones?

En 1914, cuando todos a su alrededor le instaban que dimitiera: cuando Obregón, González, Blanco, etc., la inmensa mayoría de los generales constitucionalistas, preferían eliminarlo para salvar al país de una nueva conflagración, cuando se sentía solo y vencido, repetidamente expresó que estaba dispuesto a abdicar.

Recuerdo que una ocasión en que cortésmente me guiaba por los salones de Chapultepec, mostrándome las excelencias del histórico castillo, me dijo con voz ahogada por la angustia:

“Ya ve usted todo esto; pues nada de ello me atrae; me iré sin esperar a que me echen; por mí no se derramará una gota de sangre.”

¡Cuánta insinceridad!

¿Por cuál otro tirano se ha derramado más sangre en nuestro suelo? ¿Y qué nuevos infortunios y oprobios nos reservará su desapoderada ambición?

Porque el señor Carranza, el Primer Jefe; el jefe de los jefes a semejanza de Darío de Persia, “rey de los reyes”, celebra su propia gloria, se considera invencible y nunca se sentirá hartado de mando.

En México nadie quiere más catástrofes: hay un cansancio infinito y se haría cualquier sacrificio co-

lectivo dentro del decoro y la humana conformidad, para conjurar la "guerra mala" de que hablaba Homero.

El país, por tal de no desangrarse más, toleraría cualquier régimen de opresión moderada, sin vilezas; renunciaría a algunas de sus prerrogativas y derechos en aras de la anhelada pacificación, siempre que de parte del Gobierno no se extremara la nota ignominiosa y humillante.

Si siquiera hubiera disimulado el Primer Jefe su intención de imponernos a su sucesor... Pero se vanagloria de que se sepa; de que conste a propios y extraños que ahora y después ha de imperar su voluntad.

Si siquiera tratara de sacar adelante un candidato HOMBRE y no un autómeta... ¿Qué capricho más eficaz para exasperarnos se le podría ocurrir al señor Carranza?

Confía demasiado nuestro Dictador en su buena estrella y en el estado de indiferentismo y fastidio que enerva las energías nacionales después de una década de horrores y miseria.

Impunemente puede abusar de la situación que se le presenta propicia; pero a condición de que proceda con tacto y astucia. Le es dable violar el voto como lo ha violado en los Estados; puede enriquecer a sus favoritos y sacrificar a sus oponentes; puede ahogar las libertades públicas y hacer alarde de su omnipotencia; tal vez nuestra desgracia fuera tan grande que hasta pudiera reelegirse, pero imponernos esa aberración híbrida, ese indefinido y trucu-lento producto de la frontera, fofa, anodino, renegado... ¡JAMAS!

El señor Carranza se imagina que la degradación de la raza mexicana es tal, que será ésta incapaz de cualquier vibración de protesta; que en nuestro sistema enfermo no ha escapado a la infección algún órgano en que el vigor pueda reaccionar y volvernos a la salud y a la entereza; que estamos perdidos irremediablemente para la virilidad y el honor.

Los tiranos se hunden porque pecan de presuntuosos y desacertados; su caída generalmente se debe a que sobreestiman sus propios valimientos; a que exageran hasta lo inconcebible el coeficiente de sus fuerzas; a que se perturban con excesos de suficiencia y vanidad.

En México nadie quiere la guerra; pero el señor Carranza, irritando a sus gobernados, se obstina en provocarla.

El pueblo mexicano, desdoblado su espíritu, volverá los ojos a Prometeo—símbolo imperecedero de inspiración y fortaleza para los oprimidos de todas partes y de todas las edades—, y a la soberbia del verdugo, responderá con la enardecida elocuencia que el trágico atribuye al indomado raptor del fuego:

“Os juzgáis en vuestras ciudadelas al abrigo de la desgracia; pero ¿no he visto yo caer dos tiranos? El tercero es el que ahora manda. También a él he de verle caer rápida e ignominiosamente.”